

Inundar de libros un país

Al filo del siglo xx, el México porfirista presentaba condiciones que expresaban con bastante claridad las diferencias sociales, entre ellas la gran desigualdad educativa y cultural. Sin duda la instrucción y la formación eran privilegios de un sector minoritario. La mirada hacia Europa, Francia en especial, como forma de defensa ante los embates de la penetración ideológica de Estados Unidos, había sentado las bases de una cultura singular, y también la definición de los gustos y de una estética refinada, neoclásica, poco original.

Los niveles de analfabetismo, e incluso la enorme cantidad de población que no hablaba español, dan cuenta de las diferencias que con el proceso revolucionario habrían de agudizarse para, tras la gesta armada, dar paso a un nuevo proyecto de nación y por ende a un nuevo programa educativo y cultural.

Durante la década en que se desarrolla la Revolución mexicana, las posibilidades de lectura — informativa, formativa o de recreación — eran muy limitadas. Pocos periódicos, algunos de ellos clandestinos, otros con cortos tirajes, se distribuían en la ciudad de México. Revistas, semanarios, hojas sueltas y unas cuantas librerías en la capital — quizá alguna otra en las ciudades provincianas — en las que se vendían libros editados en Europa a precios inaccesibles, o bien, algunas traducciones mexicanas de ciertas obras, generalmente de tirajes reducidos, que llenaban los escaparates de algunas librerías cuyo nombre era también el de los editores: Viuda de Bouret, Eduardo Murguía, Juan Buxó, etcétera.

Sin embargo, con el inicio de una nueva etapa en la vida mexicana, al concluir la década revolucionaria, en los veinte, el país se encuentra con un vasto universo de conflictos, pero también de proyectos. Quizá uno de ellos, tan determinante como significativo, se origina irónicamente en el planteamiento porfirista de Justo Sierra: educar, formar, homogeneizar el conocimiento de México y lo mexicano.

El de la educación era y sigue siendo un rubro fundamental en el nivel nacional. Entonces se caracterizaba por sus agudos contrastes que servirían de señalamientos para apuntalar el nuevo proyecto de nación. Una educación que había sido privilegio de sectores reducidos, en ciertas zonas o regiones constituía una dramática realidad que se expresaba en aterradoras cifras de analfabetismo y marginación cultural. Esto era consecuencia de las grandes diferencias regionales que no permitían asumir a la población de la República como una unidad.

El artículo tercero de la Constitución de 1917 señala que la educación es libre, gratuita, obligatoria y laica. Se reconoce entonces el compromiso del Estado por encontrar fórmulas para atemperar las diferencias educativas y culturales.

Este magno quehacer lo asume el Estado en cuanto a las formas e instrumentos que habría de crear para alcanzar las metas propuestas. Para 1920,

José Vasconcelos, rector de la Universidad de México — la misma que reinaugurara diez años atrás el ministro de Instrucción, Justo Sierra —, visualiza un espacio y un discurso particular, nacionalista e igualitario para la educación.

Por decreto presidencial, en julio de 1921 se crea la Secretaría de Educación Pública (SEP) con jurisdicción federal, y se inicia un largo camino que hasta la fecha no ha sido interrumpido, mostrando continuidad y congruencia para el proyecto educativo nacional.

Ya desde la rectoría, Vasconcelos había organizado una oficina de publicaciones cuyo planteamiento, trasladado a la SEP, adquiriría dimensiones hasta entonces desconocidas.

Para Vasconcelos el quehacer fundamental del Estado era educar a una vasta mayoría; entendía la educación como vehículo para garantizar la unidad y consolidar la identidad nacional. Se proponía una tarea ambiciosa, mucho más que una simple campaña de alfabetización: todo un proyecto de cultura popular donde la enseñanza de las primeras letras era apenas el inicio. Los "misioneros culturales", jóvenes estudiantes universitarios que se separaban de sus estudios por un tiempo determinado para ir a los lugares más distantes a enseñar a niños y adultos las primeras letras, se convertían en los nuevos emisarios de la educación.

Se ensayaron formas diversas de educación. Quizá la más significativa haya sido la de los pintores que, comprometidos con el proyecto nacionalista de Vasconcelos y encabezados por Gerardo Murillo, el Dr. Atl, reclamaron los muros de los edificios públicos, y con ello, al surgir el muralismo mexicano, se inició otra alternativa de instrucción y comunicación.

El secretario de Educación Pública entendió de inmediato que no sólo era necesario eliminar el analfabetismo, sino que valoró la necesidad de dotar de instrumentos a los educadores; proveer de libros a los nuevos lectores y encauzar y estimular la lectura entre la población, creando para ello un sistema de bibliotecas públicas. Ahora bien, había que llenar esas bibliotecas de libros y, por ende, se requería de un proyecto editorial pionero e innovador.

El diagnóstico que sirvió como punto de partida para evaluar la situación que guardaba el mundo editorial, concluía que el libro mexicano era casi inexistente; que la edición nacional no daba cuenta de las novedades filosóficas, literarias y científicas de los tiempos que corrían, y que el lector mexicano interesado en estos temas debía recurrir a ediciones en otras lenguas. Reconocía la pobreza editorial del país, la escasez de materiales y lo costoso de los existentes: "para hacer en nuestra raza obra de verdadera cultura, será menester comenzar por crear libros, ya sea escribiéndolos, ya sea editándolos, ya traduciéndolos".¹ El anhelo de Vasconcelos de "inundar de libros al país", se convirtió en un desafío.

Dos vertientes orientan la política editorial de los tiempos vasconcelianos. Por un lado, difundir las culturas clásicas y, por el otro, divulgar las conquistas del pensamiento moderno.

Asimismo, reconoció la importancia de desarrollar un ámbito editorial para los niños, fuera del criterio englobador de libros de texto. Se promovió, en consecuencia, la necesidad de publicar en grandes tirajes para apoyar las

¹ José Vasconcelos, "Prólogo", en *Lecturas clásicas para niños*, México, SEP, 1924, p. IX.

campañas nacionales de alfabetización y el fomento del gusto por la lectura. Se asumió que no era suficiente enseñar a leer, sino que también era necesario dar sentido al aprendizaje de la lectura, al proporcionar materiales de calidad.

La empresa más significativa del proyecto editorial de estos años fue la edición de los Clásicos Universales, que recogían para los lectores mexicanos las obras cumbre de la literatura y el pensamiento universales, poniéndolas al alcance de un público amplio. Por ello no se entendía como propósito comercial, ya que su objetivo era exclusivamente cultural.

Ante las críticas de la competencia desleal que se hacía a los editores privados, Vasconcelos insistía en el derecho de la Secretaría de Educación Pública de abaratar el libro y difundirlo. Al respecto señalaba:

todos aquellos que han aprendido a leer en el millón de libros repartidos por el gobierno, tendrían que volverse clientes de los editores, porque tendrán que seguir leyendo [...] ¿dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses? Hay, es claro, unas cuantas obras debidas a la reciente actividad de los editores de España; pero no bastan ni por el número, ni por la extensión, ni por el precio. Se hace menester, por lo mismo, fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de las escuelas.²

Vasconcelos personalmente se aboca a la elaboración de una lista de autores cuyas obras comenzó a publicar la Universidad y luego la SEP: Homero, Esquilo, Sófocles, Platón, Plutarco, Plotino, Dante, Shakespeare, Lope de Vega, Bernard Shaw, Cervantes, Calderón de la Barca, Goethe. Incluía además a autores mexicanos como Justo Sierra.

Cada libro encuadernado en pasta dura color verde tuvo un tiraje de entre 20 000 y 25 000 ejemplares; se vendían a un peso en un país en donde el kilo de pan costaba 96 centavos. Se distribuyeron miles de ejemplares en bibliotecas, escuelas e instituciones públicas. El proyecto contemplaba 100 títulos aunque durante estos años llegaron a editar solamente 17.

A estas publicaciones se agregaron dos obras fundamentales: *Lecturas para mujeres*, antología preparada por Gabriela Mistral, en 1923, y un año después, *Lecturas clásicas para niños*, seleccionadas por el propio Vasconcelos, con la colaboración de Gabriela Mistral, Palma Guillén, Salvador Novo y José Gorostiza.

De igual manera, la SEP distribuyó gratuitamente cerca de un millón de ejemplares del *Libro nacional de escritura-lectura* y los textos de Justo Sierra para historia general e historia patria, en una edición de 100 000 ejemplares.

En cuanto a las publicaciones periódicas, durante esta etapa aparecen dos significativas: *El Maestro*, que se edita entre 1921 y 1923, con 60 000 ejemplares de distribución gratuita, dirigida por Enrique Monteverde y Agustín Loera Chávez. Su contenido estaba orientado a servir de complemento a los conocimientos adquiridos en las escuelas o en los centros de alfabetización proporcionando sugerencias prácticas sobre terrenos diversos: educación, asuntos sociales, problemas escolares, literatura, orientación obrera, temas de interés

² *Ibid.*, p. XI-XII.

agrícola, artesanal, comercial, etcétera. También se ofrecía a los lectores cuentos, poemas, leyendas e informaciones varias sobre la Universidad, las bibliotecas, la campaña de lectura, y otras.

En 1922 aparece el periódico *El Libro y el Pueblo*, que logra sobrevivir a la gestión de Vasconcelos. Lo dirigieron a la par Jaime Torres Bodet y Rafael Heliodoro Valle. Ofrecía un universo de temas relacionados con la palabra escrita: bibliografía, sugerencias, sumarios de revistas en español, y apoyo técnico para elaborar los catálogos de todas las bibliotecas públicas.

Respecto a estas últimas, Vasconcelos había observado con especial interés los proyectos y realizaciones bibliotecarias en Estados Unidos. De ahí que se emprendiera una tarea de multiplicación de pequeñas bibliotecas abiertas todos los días de la semana, para que complementasen a la escuela y "en todos los casos superarla".³

En 1921 se crea la Dirección General de Bibliotecas Populares, dirigida por Vicente Lombardo Toledano, en tanto que el Departamento de Bibliotecas estuvo a cargo de Jaime Torres Bodet. Ante la gran demanda para que se establecieran las bibliotecas de un sinnúmero de lugares, se desarrolló un plan de instalación que contemplaba varias categorías: públicas, obreras, escolares, diversas y circulantes. A cada una de éstas se les adjudicó un acervo determinado de 50, 100, 500, 1 000, 5 000 y 10 000 volúmenes. De igual forma, se asignó a los misioneros culturales pequeñas "bibliotecas ambulantes" para ser utilizadas en los pueblos más apartados: "La biblioteca más elemental se compone de cincuenta volúmenes, que se hacen circular en una caja de madera, que puede ser acarreada a lomo de mula, a fin de que llegue a las regiones a donde no alcanza el ferrocarril."⁴

También se puso énfasis en preparar acervos bibliotecarios para niños. Así se inaugura, en 1923, una biblioteca de este tipo en la propia sede de la SEP, al tiempo que proliferaban establecimientos similares en diferentes partes del país. De hecho, las bibliotecas se convierten en un complemento indispensable de la escuela, un freno al analfabetismo funcional, en su modalidad ambulante, en un vehículo de comunicación con las regiones más remotas. En ese año Jaime Torres Bodet organiza la primera feria del libro en el Palacio de Minería.

El gran proyecto vasconcelista dejaría sentadas las bases para la concepción educativa nacional. En el proceso de la reconstrucción del Estado, sin duda el rubro de educación adquirió dimensiones insospechadas. El caso y la experiencia mexicanos habrían de convertirse en punto de referencia obligado y de admiración por parte de la intelectualidad latinoamericana.

Pronto, el presupuesto de egresos de la federación empezaría a considerar al rubro de educación como prioritario, condición que continuaría a fin de atender las imperiosas necesidades educativas.

Al renunciar el titular de la Secretaría de Educación Pública en 1924, una buena parte de cimientos estaban ya edificados. En los años subsecuentes, la alfabetización y el impulso a la lectura tomaron otros cauces. La nueva política educativa dio preferencia al desarrollo de la comunidad rural y la escuela se

³ José Vasconcelos, *Proyecto de ley para la creación de una SEP federal*, México, s.e., 1921, p. 15.

⁴ Jaime Torres Bodet, *Boletín de la SEP*, México, SEP, junio de 1922, p. 159.

dedicó a atender las necesidades inmediatas de la población campesina y a impartirles enseñanzas que elevaran su nivel de vida y su productividad. La alfabetización y la labor editorial sirvieron a dichos propósitos.

En materia editorial se abandonó la edición de obras costosas, y se inició una tarea diferente encaminada a la publicación de una gran cantidad de folletos y manuales de carácter técnico, de los cuales llegaron a editarse cerca de 200 títulos con un tiraje de más de un millón de ejemplares. Con un criterio nacionalista, el programa de publicaciones y su distribución tuvo características particulares. Según el entonces secretario de Educación Pública, José Puig Cassauranc, la tendencia de la Dirección Editorial consistía en “llevar al mayor número de habitantes el tipo de cultura más necesario, con la mayor intensidad y la más amplia extensión”.⁵ La temática era variada y de acuerdo con los intereses de la educación: cooperativismo, cría de animales, prácticas agrícolas, higiene, folclor, etcétera.

Asimismo se editó la Biblioteca del Maestro Rural Mexicano, las revistas *La Escuela Normal Rural* y *El Sembrador*, entre los libros de lectura: *Vida campesina* y *Fermín*, ilustrado por Diego Rivera. A esta época corresponde también la edición del segundo volumen de *Lecturas clásicas para niños*.

La llegada de Narciso Bassols a la SEP en 1932 marca el inicio de una radicalización en el proyecto educativo y, por ende, en las publicaciones. Aparecen las lecturas literarias sobre educación sexual del niño: *Lo que deben saber todos los niños*. Por otra parte los textos exaltaban el trabajo y los valores éticos, eran drásticos en sus planteamientos laicos y, de alguna manera, sirvieron de plataforma a la educación socialista así como a la política educativa y cultural del gobierno de Lázaro Cárdenas.

La publicación periódica más importante del inicio de los treinta es sin duda la revista *El Maestro Rural*, dirigida por Salvador Novo, en donde se hacía una crítica social constante, se revalorizaba el papel del maestro como elemento transformador de la sociedad y se analizaba el papel de la escuela rural mexicana y sus alcances.

Dicha década se vio influida por una serie de acontecimientos mundiales: la crisis económica de 1929, el ascenso del fascismo, la guerra civil española, el desarrollo de la Rusia soviética y el inicio de la segunda conflagración mundial. En todas partes, y México no es ajeno a ello, empiezan a aparecer obras que explicaban “científicamente” los grandes cambios que sufría el mundo, proponiendo un modelo alternativo al capitalismo.

En consecuencia, para el sexenio de 1934 a 1940 prolifera en el sector público de nuestro país una literatura al servicio de los sectores más desprotegidos y el gobierno se aboca a la producción de obras “revolucionarias”.

A tono con los tiempos, la SEP asumió la tarea de difundir estas nuevas lecturas. Surge entonces la Biblioteca de Ciencias Sociales, que ponía a disposición del público toda clase de lecturas sobre marxismo, consideradas indispensables para quienes aspiraban a una “regular instrucción”.

⁵ José Puig Cassauranc, *El esfuerzo educativo en México*, México, SEP, 1928, pp. 449-450.

Énfasis especial dio la SEP a la campaña en contra del analfabetismo, considerado como verdadero enemigo público. El discurso del Estado encendió el entusiasmo popular y pronto las filas del "ejército alfabetizador" se engrosaron con numerosos miembros, niños y adultos. Una multitud de maestros, de diversas edades, enseñaban por doquier, en sus hogares, en mercados, en fábricas, en centros de trabajo. No se escatimaron gastos ni esfuerzos en la propaganda educativa y alfabetizadora. El gobierno asumió, en consecuencia, la tarea de editar millones de textos de lectura. De las prensas de la Comisión Editora Popular, creada en 1936, salieron innumerables ejemplares de títulos como: *Método para aprender a leer y escribir*, *Silabario*, la serie infantil *Simiente* y la revista *Palomilla*, cuyo director fue José Chávez Morado.

La publicación periódica más importante del periodo de Cárdenas fue la *Revista de Educación*, fundada en 1937 y dirigida por Luis Chávez Orozco. En aquellos años el gobierno intentó por primera vez alfabetizar a los indígenas en su propia lengua y se realizaron grandes esfuerzos para elaborar cartillas y materiales de lectura en náhuatl y tarasco.

Hacia 1940, el mundo de los libros y de los lectores se había modificado sustancialmente en comparación con la década de la reconstrucción de los veinte. El esfuerzo del Estado mexicano por abaratar costos y poner al alcance de un público amplio obras antes reservadas para minorías fueron las tareas distintivas de esta época. La búsqueda de valores propios decantó en un importante esfuerzo de creadores nacionales, y las inquietudes por una sociedad más justa e igualitaria se vieron reflejadas en la producción literaria y en la aceptación del público lector.

Acorde con los tiempos de la segunda guerra mundial, el gobierno de México insistió en la unidad nacional en todos los ámbitos. Para el caso de la enseñanza, ése fue el momento idóneo para iniciar la nueva gran campaña alfabetizadora, al tiempo que se buscaba un cambio en la función tradicional de la educación: como instrumento transformador y generador de la unidad de todos los mexicanos.

Bajo el lema, "un mexicano que lee, enseñe a otro que no lee", el país volvió a poner en marcha el viejo proyecto revolucionario. Para tal fin se publica, con un tiraje de diez millones de ejemplares, la *Cartilla*, en recuerdo de la que utilizaron los misioneros del siglo XVI. Al mismo tiempo se inició la publicación de dos revistas que daban cuenta de los avances alfabetizadores: *Rumbos* y *México Lee*.

El esfuerzo editorial en la campaña alfabetizadora no se circunscribió a materiales en español; en esos años se aprobó el proyecto bilingüe para alfabetizar a más de un millón de indígenas monolingües. Se llevó adelante una importante labor de publicación de cartillas, diccionarios, instructivos, periódicos y carteles en lenguas indígenas. En 1946 se proyectó una edición de 150 000 cartillas en maya, 50 000 en otomí, 25 000 en tarasco, y 20 000 en náhuatl (tanto en el de Puebla como el de Morelos).

Los resultados no fueron del todo alentadores; el fantasma del analfabetismo funcional persistía ante la ausencia de materiales impresos para enseñar a leer. Ello obligó a la SEP a diseñar estrategias que pudiesen satisfacer esta necesidad elemental. Destaca, entre otras, la edición de la *Biblioteca Enciclo-*

pédica Popular, promovida por el propio secretario Jaime Torres Bodet. En cuadernos de 100 páginas, que aparecían semanalmente, con tirajes cercanos a los 25 000 ejemplares, se trataban temas diversos, desde biografías de personajes de la historia y la literatura universales, hasta manuales prácticos de agricultura y de oficios varios.

A esta serie le seguiría otra, Cuadernos de Lectura Popular, que se empezó a imprimir en 1948, la cual se caracterizaba por estar formada de lecturas sencillas y cortas, bien ilustradas sobre temas diversos de la vida agrícola, industrial y social del país.

En la misma década se crea una colección de literatura para niños. Se conjugan esfuerzos de autores y artistas mexicanos y extranjeros. Surge después la *Revista Chapulín* y una serie que conformó la Biblioteca de Chapulín, que entre 1942 y 1946 editaría 17 títulos.

La labor de establecimiento de bibliotecas había sido dispersa, muchos lugares no contaban con locales adecuados. Por ello la SEP fomentó los servicios bibliotecarios en todas las regiones del país. Torres Bodet, que en época de Vasconcelos había organizado el primer proyecto formal, retomó el propósito. Se pensó instalar salas de lectura como primer vínculo entre las comunidades y el libro. Las salas fueron de dos tipos: móviles y estacionarias, en ambas se ofrecían materiales de lectura, películas educativas y música para todas las edades.

Las décadas posteriores se caracterizarán por el interés del Estado para coadyuvar no sólo a la educación, sino a desarrollar el hábito de la lectura entre la población. Para ello, la SEP desarrolló programas editoriales diversos. Sin embargo, los diferentes esfuerzos educativos no lograron resolver los rezagos, ni permitieron alcanzar la meta de que todos los mexicanos leyesen.

Para 1958, al llegar Adolfo López Mateos a la presidencia, el panorama educativo era poco halagador. La explosión demográfica tomaba dimensiones alarmantes y el Estado no podía garantizar a plenitud los servicios educativos que la población requería. De nueva cuenta Jaime Torres Bodet asume la responsabilidad de la educación nacional; para ello formula un programa de largo alcance llamado Plan de Once Años, del que se constituye como parte sustantiva la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos.

Así también, en apoyo al nuevo proyecto educativo, el Instituto Federal de Capacitación Magisterial empezó a editar su Biblioteca Pedagógica de Mejoramiento Profesional. Si bien el tema predominante fue la educación rural, en ella se incluyeron obras diversas relacionadas con la historia de la educación, las civilizaciones precolombinas, así como cuentos infantiles.

La idea de Vasconcelos, como conquista de la Revolución, de llevar la educación y los libros a todo el pueblo, cualesquiera que sea su condición y forma de vida, retoma fuerza y ahora, con nuevos bríos, el gobierno se propone dar a todos los estudiantes de educación básica los libros de texto gratuitos. Así, todos tendrían acceso a la educación y a la información. El novelista Martín Luis Guzmán presidió la Comisión y, el 12 de febrero de 1960, al entregar los primeros libros de texto gratuitos dijo:

son los libros más humildes, pero a la vez los más simbólicos que una nación adulta puede ofrecer gratuitamente a sus hijos. Son los más simbólicos, porque con ellos se declara que, en un país amante de las libertades, como es México,

el repartir uniforme e igualitariamente los medios y el hábito de leer es algo que nace de la libertad misma.⁶

Los libros circularon por todo el país y éste fue el mayor logro de la administración lopezmateísta. Llegaron a editarse más de 100 millones de ejemplares que se distribuyeron por todas las escuelas del país, oficiales y particulares, urbanas y rurales. Así, por vez primera muchos hogares contaron con una modesta biblioteca familiar.

Junto con las publicaciones de educación formal, la SEP reafirmó su vocación editorial a través de dos grandes colecciones: Cuadernos de Lectura Popular, El Pensamiento de América. Los Cuadernos estaban dirigidos a maestros, estudiantes y adultos recién alfabetizados; eran textos cortos y sencillos que contemplaban el cuento, la novela, la biografía, la música, el teatro, la poesía, el relato histórico, etcétera. La colección se dividió en diferentes series, como: La Honda del Espíritu, El Hombre en la Historia, La Victoria de la República y Pensamiento de la Revolución. Entre los autores significativos estaban literatos como Carlos Pellicer, José Revueltas, Agustín Yáñez, Rodolfo Usigli, y políticos como Narciso Bassols y Emilio Portes Gil. La colección El Pensamiento de América reunió en 19 antologías el pensamiento de destacados personajes latinoamericanos: Eugenio María de Hostos, Gabriela Mistral, José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes, Amado Nervo, Rubén Darío, etcétera.

Aunque no de manera constante, se retoma la edición de la revista bibliográfica *El Libro y el Pueblo*; así también, cabe mencionar que a mediados de los sesenta la revista *El Maestro* se reanuda para convertirse en el principal órgano de divulgación académica de la SEP.

Durante los años finales de los sesenta y principios de los setenta, el énfasis en la alfabetización y en el Plan de Once Años continuó. Se publica una nueva cartilla alfabetizadora, *Yo puedo hacerlo*. Hacia 1970 la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos había editado y distribuido cerca de 300 millones de libros y cuadernos de trabajo.

Un año después la SEP dio inicio a uno de los esfuerzos editoriales más significativos: la colección SepSetentas, libros de bolsillo dirigidos a un público de nivel académico medio-superior. Se publicaban semanalmente, tenían un costo muy reducido y llegaron a los 315 títulos. Los temas eran variados, aunque predominaban aquéllos referentes a la historia de México; otros estaban relacionados con antropología, literatura, educación, arte, filosofía, economía y política. Al analizar el éxito de la colección, se decidió continuar el esfuerzo, con los SepSetentas/Diana, reimprimiendo algunos títulos en coedición con la editorial Diana, y agregando obras nuevas. En 1981 se iniciaron los Sep80 que buscaban difundir la visión de autores nacionales y extranjeros sobre diversos temas mexicanos en el campo de la historia, la sociología, la pedagogía, etcétera. La colección se hizo en coedición con el Fondo de Cultura Económica.

Simultáneamente se crearon otras series con el fin de satisfacer las necesidades culturales y el gusto de los diversos públicos. Por lo general fueron

⁶ Citado en Roberto Salcedo Aquino, "El desarrollo de los libros de texto gratuitos", en *Los libros de texto gratuitos*, México, Conalitec, 1982, p. 329.

ediciones populares que permitieron una amplia difusión de sus títulos con precios accesibles. Aparecieron entre otras, la colección Clásicos Americanos, en colaboración con la UNAM. Constituida por 20 títulos, la serie que se llamó De la Gran Literatura, estuvo destinada a divulgar autores europeos, principalmente del siglo pasado y del presente. La serie La Matraca, editada con Premiá Editores, buscó rescatar la novelística mexicana decimonónica y de las primeras décadas de nuestro siglo e incluyó textos importantes y poco conocidos. La mayor parte no había vuelto a publicarse desde su primera aparición en forma de folletín o libro. Autores apenas conocidos como Eduardo Urzaiz alternaron con figuras como Manuel Payno y Mariano Azuela.

Piedra de Toque fue editada por la SEP con el fin de crear un espacio para jóvenes escritores y alcanzó los diez títulos. Asimismo, se iniciaron ambiciosos proyectos como el de la Enciclopedia de México y el de la Historia del Arte Mexicano.

Al concluir la década, México se había convertido en el principal editor de América Latina con grandes tirajes, especialmente de publicaciones periódicas. El público mexicano se reveló como importante consumidor de revistas de historietas, muchas de las cuales reproducían patrones culturales del exterior. Para contrarrestar esta influencia, la SEP realizó variantes en su tradicional programa editorial. Era necesario llegar a un público lector amplio, con materiales que resultasen atractivos; así, se consideró la posibilidad de usar formatos como el de las historietas. Surge entonces *México. Historia de un Pueblo*, primer experimento en el que se volcó al lenguaje de esta forma editorial los principales acontecimientos de la historia nacional. Editada en colaboración con Nueva Imagen, con un tiraje de 100 000 ejemplares de aparición mensual estuvo compuesta por 19 títulos. Junto con ella aparece en 1981 *Episodios Mexicanos*, dirigida básicamente a sectores populares, con una periodicidad semanal y un tiraje promedio de 70 000 ejemplares por número. Otros ejemplos significativos en el mismo sentido fueron: *Novelas Mexicanas Ilustradas*, *Aventura y Relatos* y *De Transportes a Caminos*.

A finales de los setenta aparecieron los Cuadernos Mexicanos, que se constituyeron en una de las series más exitosas hasta entonces publicadas por la SEP. Era una colección de publicación semanal que llegaría a los 110 números. Reunió textos fundamentales sobre literatura, historia y sociología de autores tanto nacionales como extranjeros. En colaboración con Conasupo, se llegaron a tirar 70 000 ejemplares por número.

Un esfuerzo particularmente significativo se hizo en beneficio de la población infantil y juvenil. Surge entonces la *Enciclopedia infantil Colibrí*, en fascículos semanales, que contribuyó enormemente a estimular el hábito de la lectura en edad escolar. En coedición con Salvat, se desarrollaron temas de ciencias naturales y sociales, literatura y tecnología entre otros. Los fascículos también contenían páginas desprendibles con juegos y actividades creativas; la contraportada era una fotografía coleccionable y cada fascículo incluía además un texto sobre flora o fauna mexicanas, o bien sobre historias o experiencias singulares de México. El tiraje fluctuó entre los 30 000 y 50 000 ejemplares. En ediciones especiales se hizo llegar a las comunidades indígenas temas simi-

lares. Así aparece *Colibrí* en lenguas indígenas, escrito en maya, náhuatl, otomí y purépecha.

Entre 1976 y 1982, la SEP, en colaboración con Promexa, editó la *Enciclopedia científica Proteo*, que presenta el mundo del conocimiento a partir de aventuras ilustradas. Al mismo tiempo se inician proyectos editoriales para difundir conocimientos prácticos, tal fue el caso de *Cómo Hacer Mejor*, compuesta de 135 fascículos semanales, con tirajes promedio de 80 000 ejemplares. Otra serie que intentó poner de manifiesto los beneficios que reporta la lectura fue *Sepa*, revista informativa sobre temas de ciencia y tecnología.

En cuanto a las publicaciones periódicas, se inicia una etapa significativa con la edición masiva de *El Correo del Libro*, que a manera de boletín mensual imprimía un listado de novedades bibliográficas y daba cuenta de los precios de los diferentes títulos existentes. Distribuido mayoritariamente entre los maestros, pronto se convirtió en un hábito la adquisición por catálogo y correo de libros editados por la SEP. Luego, el proyecto se materializó en forma de pequeños módulos, a la manera de kioscos diseminados por toda la República, que vendían directamente las publicaciones del sector educativo.

Al iniciarse la década de los ochenta, las circunstancias económicas afectaron de manera directa, tanto la producción editorial, como los esfuerzos por difundir y comercializar los libros. La tarea bibliográfica del Estado se redujo conforme al programa de austeridad. Sin embargo, los años subsecuentes dan cuenta de una significativa y fecunda tarea en materia de libros. Surgieron entonces las series *Cien de México*, *Cien del Mundo* y *Lecturas Mexicanas* en coedición con el Fondo de Cultura Económica. Se impulsaron nuevos programas editoriales para niños como *Letra y Color*, coeditada con Ediciones del Ermitaño, *De la Caricatura al Cuento*, *Reloj de Cuentos* y *Nuestra Fauna*. Asimismo se empezó la edición de un suplemento cultural semanal, *Tiempo de Niños*, que se encartaba en periódicos del país. De igual manera vio la luz una nueva colección destinada al magisterio, *Biblioteca Pedagógica*, en cuyos 54 títulos se trataban temas en torno a la educación y la historia del pensamiento pedagógico.

Tarea destacada del sexenio fue el proyecto del entonces secretario, Jesús Reyes Heróles, de integrar la Red Nacional de Bibliotecas Públicas. De hecho, para 1983 México carecía de una infraestructura real en servicios bibliotecarios. Las bibliotecas existentes, producto de proyectos previos, llegaban apenas a 350; distribuidas inequitativamente en el país, adolecían de fondos escasos y mal organizados. Fue entonces que se creó la Red con el propósito de integrar los recursos de todas las bibliotecas públicas, coordinar sus funciones a fin de fortalecer y optimizar su operación, así como ampliar y diversificar sus acervos y orientar sus servicios. Se aprovecharon las bibliotecas existentes, a las que de manera acelerada se fueron integrando las de reciente creación. El sistema incluía las bibliotecas centrales, tanto de las capitales de las 31 entidades federativas, como de las 16 delegaciones en el Distrito Federal, hasta las más pequeñas en los municipios.

Al inicio del proyecto, sólo 243 municipios en la República mexicana tenían bibliotecas públicas. Hacia 1988 casi la totalidad de los municipios contaba ya

con su biblioteca, que albergaba colecciones, tanto para lectores infantiles, como juveniles o de formación superior. El sistema ha permitido crear una infraestructura que homogeniza la información, la clasificación y los fondos bibliográficos existentes. El programa continúa y se considera que para fines de 1994, el país habrá alcanzado la meta propuesta de 5 000 bibliotecas públicas.

Independientemente se conformó el programa Rincones de los Libros en las escuelas, el cual permite a los niños de educación básica contar con pequeños espacios bibliotecarios en sus salones de clase, de tal suerte que puedan hacer uso lúdico de los libros. Colecciones especiales con tirajes amplios caracterizan este proyecto de bibliotecas escolares.

En diciembre de 1989 se crea el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA), como órgano desconcentrado de la SEP, que viene a sustituir a la hasta entonces Subsecretaría de Asuntos Culturales, cuyas funciones se centrarían en conservar, promover y difundir el patrimonio y la cultura nacionales. A partir de entonces la tarea propiamente editorial del sector pasó a la Dirección General de Publicaciones (DGP), que junto con la Dirección General de Bibliotecas, se abocaron a la tarea de realizar un programa integral de fomento del libro y la lectura.

La SEP, por su parte, continúa con sus programas editoriales de libros de texto y materiales de apoyo al magisterio, el combate al analfabetismo y los programas de educación para adultos. Por ello los alcances globales en la producción de libros de texto gratuitos rebasan anualmente los 100 millones de ejemplares. Asimismo, se producen innumerables publicaciones periódicas para los maestros; materiales para educación primaria, media, normal y superior; educación técnica, bilingüe y la miscelánea informativa.

La DGP, desde el punto de vista editorial, diseñó un esquema que pretende un equilibrio entre libros infantiles y juveniles, y aquéllos dirigidos a los lectores adultos. Así ha logrado consolidar colecciones para unos y para otros. Para septiembre de 1993 la DGP habrá editado 824 títulos, con un tiraje total de 6 757 500 volúmenes. También logró consolidar el propósito singular de coeditar con editoriales privadas colecciones específicas — dando así la oportunidad a un mayor número de lectores de disfrutar de títulos de la literatura universal —, y catálogos de importancia mundial.

Tomando en cuenta los esfuerzos realizados con anterioridad se definieron grandes áreas temáticas: literatura y arte, ciencias sociales, y libros infantiles y juveniles, reunidos en diferentes colecciones. Se continúan: Archivos, Cien de México, Cien del Mundo, Lecturas Mexicanas. Tercera Serie, y se iniciaron Letras de la República, Regiones, Presencias, Teatro Mexicano. Historia y Dramaturgia, Luzazul, Pensar la Cultura, Claves de América Latina, Caudal de Arte, Galería. Colección de Arte Mexicano, Fin de Siglo, La Mirada Trashumante, Perfil de la Memoria, Cultura Contemporánea de México, Camera Lucida y Paso del Norte, entre otras. Además se prosiguieron trabajos de rescate y recopilación de las Obras Completas de Ignacio Manuel Altamirano y se iniciaron proyectos ambiciosos como el de las Obras Completas de Guillermo Prieto.

Caso particular es el de Los Noventa, colección que bajo el lema de "Cultura crítica de nuestro tiempo", en colaboración con las empresas editoriales

Alianza y Grijalbo, se propuso editar semanalmente un título con tirajes que iniciaron en los 44 000 ejemplares.

Énfasis especial han recibido las colecciones para nuevos y jóvenes lectores. Al retomar la vocación original de la primera oficina de publicaciones creada por José Vasconcelos, la SEP ha reconocido la importancia de crear en los niños y fomentar entre los adolescentes el amor por los libros. Se rescata del pasado colecciones como Biblioteca de Chapulín, y se apoya una serie de proyectos específicos como son: La Tortuga Veloz, Reloj de Versos, Botella al Mar, Barril sin Fondo, Los Señores..., Viajeros del Conocimiento, Cómo Acercarse a..., Frutos Prodigiosos, EnCuento, La Cola del Dragón, Viaje al Centro de la Ciencia, y otras más.

Un sinnúmero de actividades estimulan y encauzan el gusto por la lectura. Así, se edita mensualmente un tabloide de distribución gratuita, *Los Libros Tienen la Palabra*, con más de 200 000 ejemplares; el periódico mural *El Letragrande*, que a manera de cartel permite en una rápida lectura enterarse de las novedades editoriales del mes y de variada información sobre autores y libros. Como una necesidad complementaria surgió la revista trimestral *Mar de Tinta*, que da cuenta de la producción editorial del CNCA.

Mención especial merecen los programas Las Cuatro Estaciones del Libro y Leer es Crecer, así como la vasta gama de ferias del libro y actividades promotoras del hábito de la lectura, como son conferencias, mesas redondas, talleres infantiles, caravanas de libros, representaciones, etcétera y, por supuesto, la ya tradicional Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, que distingue a nuestro país en el medio editorial del mundo.

Los esfuerzos realizados en estos primeros 72 años dan cuenta de un compromiso y una tarea continuados que, de cara a la nueva centuria, siguen sustentando las ideas originales con las que los organismos pioneros de la SEP comenzaron, al delinear una política editorial sin precedente, el ambicioso propósito de inundar el país de libros: en el campo, las ciudades, las escuelas, bibliotecas, centros culturales, centros de recreación, en fin, donde quiera, hasta lograr realmente que los libros sean protagonistas y cómplices de nuestra historia.

Un análisis global del contenido de este catálogo nos permite hacer ciertas observaciones: casi 70 por ciento de los registros forman parte de alguna colección. Esto por sí mismo da cuenta de una clara y definida política editorial que contempla la imperiosa necesidad de agrupar los libros en áreas temáticas, dando con ello respuesta a necesidades e intereses de los lectores potenciales. En ese sentido se han podido reconstruir 109 colecciones con un total de 3 787 títulos.

Aunque en la actualidad casi la mitad de la producción editorial está destinada a un público infantil y juvenil, en promedio, a lo largo de los últimos 70 años, sólo 20 por ciento de los títulos se ha dirigido a ese segmento de la población lectora. Hoy día se reafirma la vocación editorial encauzada a ganar nuevos lectores entre los niños, y quizá también a la reconquista de jóvenes que, por una u otra causa, han abandonado su relación con los libros.

Un porcentaje similar de 20 por ciento se observa para obras de carácter literario orientado hacia lectores adultos. El resto de la producción editorial de la SEP queda desplegada en un vasto universo temático: historia de México, de América Latina y

universal; materiales y manuales educativos para los distintos niveles de enseñanza; pedagogía, ciencias y arte, obras de política educativa, memorias, reglamentación y legislación; discursos de los titulares, acuerdos, etcétera.

Asimismo, cabe reflexionar sobre el hecho de que el gran despegue editorial, tanto por la cantidad de títulos, como por los volúmenes, se ha desarrollado en los últimos 25 años. Ello se explica a partir del crecimiento demográfico y el notorio aumento de la población alfabetizada y escolarizada.

Tarea sustantiva del Estado ha sido la elaboración y distribución de libros de texto gratuitos para la educación primaria. Este esfuerzo, que alcanza hoy los 100 millones de libros anualmente entregados, se sustenta en el principio constitucional de que la educación es libre, gratuita, laica y obligatoria.

La búsqueda de una equidad social y educativa es la fuerza que impulsa este significativo proyecto editorial. Se trata, no sólo de dotar de instrumentos de conocimiento a los niños, sino además de permitirles el acceso a la ciencia y la cultura sin discriminación alguna.

Desde los inicios del proyecto editorial de la SEP se ha planteado, al paso de los años, la cuestión del derecho y los compromisos que los gobiernos adquieren al ser "editores oficiales". Ciertamente esta situación se agudiza a partir de los años treinta cuando se desarrolla una industria editorial privada. Sea de cuño nacional o internacional, las distintas empresas abocadas a la publicación de diferentes géneros y formas impresas cubren un espacio y un mercado específicos. Por su parte, la Secretaría de Educación Pública cumple con una tarea resultante de una conquista histórica, al generar publicaciones educativas, formativas y de enriquecimiento cultural. Buena parte de los títulos editados por el sector público no serían jamás de interés comercial para la industria privada. En otras ocasiones, los enormes tirajes a los cuales difícilmente se arriesgaría un editor privado posibilitan un ahorro sustancial, y con ello se pone al alcance de una población mayoritaria textos que de otra suerte les estarían vedados por razones estrictamente económicas.

Así, también, se han logrado nuevas figuras de colaboración con la industria privada al establecer programas y líneas de coediciones, en los cuales unos y otros se lanzan a la aventura de desarrollar proyectos que coadyuvan en el crecimiento de la oferta en un mercado ciertamente restringido, así como el de compartir los riesgos que ello pueda derivar.

El Estado mexicano ha venido pugnando por el fomento al hábito de la lectura y por convertir al libro en un artículo de primera necesidad. Sin duda la cultura escrita contribuye significativamente a la consolidación de nuestra identidad nacional. Frente a la expansión masiva de los medios de comunicación, la distracción y enajenación provocadas por la televisión, el cine, e incluso la radio, que deforman características y valores culturales propios, la posibilidad de una relación individual y subjetiva entre el libro y el lector no debe despreciarse.

A 73 años de la creación de la Secretaría de Educación Pública, y con ella el inicio de un proyecto ciertamente ilusorio —el de la publicación de los clásicos para adultos y los clásicos para niños— hoy día ese sueño, convertido en realidad, ha permitido, a manera de colofón, asumir que, así como lo pensó Vasconcelos, se ha logrado una verdadera inundación de libros.